

## XI

Que el Corazón de Jesús es el foco vivo del amor universal

En 1670, el venerable Obispo de Evreux, al aprobar para su diócesis el culto del sagrado Corazón y el Oficio compuesto á este efecto por el P. Eudes, se expresaba así: «Siendo el Corazón adorable de Jesucristo un horno de amor á su Padre y de caridad por nosotros, siendo además la fuente de una infinidad de gracias respecto de todo el género humano, tienen todos los hombres, especialmente los cristianos, estrechísima obligación de honrarle, alabarle y glorificarle de todas las maneras posibles.»

En el mismo año decía el Obispo de Coutances: «Siendo el Corazón adorable de nuestro Redentor el objeto de la dilección y complacencia del Padre de las misericordias, y estando recíprocamente todo abrasado de santo amor hacia este Dios de consolación, como también está todo inflamado de caridad hacia nosotros, todo ardiendo de celo por nuestra salvación, todo lleno de misericordia por los pecadores, todo lleno de compasión por los miserables; y siendo el principio de todas las glorias y felicidades del cielo, de todas las gracias y bendiciones de la tierra, y una fuente inagotable de toda suerte de favores para los que le honran; deben todos los cris-

tianos esforzarse en tributarle todas las veneraciones y adoraciones que sea posible.»

Nada más cierto que esta doctrina.

El Espíritu Santo es el Amor mismo; el Amor eterno, sustancial y viviente. Por tanto Él reposa plenamente en el alma santa de Jesús: es como la luz que está toda condesada en el sol, y desde donde se esparce por el mundo. Mas no amando el alma del Hijo de Dios sino por medio del Corazón, al cual está unida, resulta que el Corazón sagrado de Jesús es el foco visible del amor divino en medio del mundo. «Es, como dice San Bernardino de Sena, el horno ardentísimo de la caridad que inflama y abrasa al universo.»<sup>1</sup> Y el fuego de este horno es el Espíritu Santo, es el eterno Amor.

El Espíritu de amor reposa y vive en el Corazón de Jesucristo, como una paloma en su nido. Arde con vivas llamas en este Corazón inefable, desde el cual se derraman en el corazón de todo lo que es capaz de amar.

El Corazón de Jesús es ante todo el foco del amor de Dios. Nuestro Señor ama á su Padre con amor absolutamente divino, puesto que Él es Dios lo mismo que su Padre, y ama á Dios con el alma y el Corazón de un Dios. Todo este océano de amor sin fon-

<sup>1</sup> Fornax ardentissimæ charitatis, ad inflammandum et incendendum orbem terrarum. «(Serm. de Passione Domini, part. II, tit. 1.)»



do y sin límites pasa por el Corazón del Hijo de María, y de allí va á perderse eternamente en el seno del padre. Como un torrente irresistible, primero llena y después arrastra en pos de sí á todas las criaturas, Angeles y hombres, que quieren amar á Dios. Todo el amor de Dios, que hace palpitár el Corazón de la santísima Virgen, el corazón de los Serafines, Querubines, Arcángeles y Angeles; todo el amor que ha santificado á los Patriarcas, Profetas, Santos y fieles del Antiguo Testamento; todo el amor de los Apóstoles, Mártires y fieles de la Ley de gracia, todo este amor emana del sagrado Corazón de Jesús, como de una fuente inagotable, infinita. En el mundo de las almas el Corazón de Jesucristo es el sol del amor de Dios.

¡Oh Salvador mío! á Vos me entrego para unirme al amor eterno, inmenso é infinito que tenéis á vuestro Padre. ¡Oh Padre adorable! Por la Encarnación, la gracia y la Eucaristía me habéis dado á vuestro Hijo muy amado; mío es, su sagrado Corazón me pertenece. Os ofrezco, pues, todo el amor eterno, inmenso é infinito de vuestro Hijo Jesús, como un amor que es mío. Y del mismo modo que Jesús nos dice: «Os amo como mi Padre me ama,»<sup>1</sup> puedo yo también deciros, oh mi divino Padre: «Os amo como vuestro Hijo os ama.»

<sup>1</sup> Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos. «(Joan. XV, 9.)»

¡Oh! ¡qué gracia la de ser miembro de Jesucristo, y así poder amar por su Corazón, amar con su Corazón!

El divino Corazón de Jesús es igualmente la fuente del amor de la santísima Virgen. Después de su Padre celestial, nada ama tanto Jesús como á su santa Madre; ó más bien, como verdadero hijo suyo, la ama con el mismo amor con que ama á su Padre, no separándoles jamás en sus divinas ternezas. Y aquí también es por su Corazón, por medio de su Corazón, como el Verbo encarnado ama á la santísima Virgen, y comunica este filial amor á todos los corazones que se le sujetan. El amor que tenemos á la Virgen María, el amor con que la amaremos en el cielo por toda la eternidad, dimana, pues, como de su origen, del Corazón de Jesús.

Y lo mismo sucede con todo amor puro y legítimo, en el cielo y en la tierra: proviene de la Fuente única, de la Fuente viva del amor; del amantísimo y adorabilísimo Corazón de nuestro Salvador. Con demasiada frecuencia ¡ay! abusamos de este tesoro y apartamos de su verdadero objeto el amor que nos tiene nuestro Dios; pero, en sí mismo, este amor no por eso deja de ser un don purísimo, y profanarle es un verdadero sacrilegio.

De este modo, el Corazón que un tiempo palpita en la tierra y que palpita eternamente en el cielo en el sagrado pecho de Jesús, es el foco adorable y adorado del amor de Dios y del amor de las cria-



turas. ¡Oh! ¡cuánto debemos amarle! ¡Cómo debemos precipitarnos y perdernos amorosamente en este abismo de amor!

Pero, Salvador mío, soy pobre y miserable, y no puedo lanzar, como convendría, mi corazón sobre vuestro Corazón. Haced por mí, Jesús misericordioso, algo de lo que habéis hecho por algunos de vuestros escogidos; dignaos recibir mi débil corazón, y abismarlo, como el de vuestra sierva Margarita María, en el vuestro que está ardiendo de amor. Abrasadlo, derritid el hielo de su egoísmo natural, y no me lo devolvais sin que esté transformado en una llama de amor, que en adelante me haga amar todas las cosas como Vos y en Vos.

## XII

Cómo la santísima Trinidad vive y reina en el Corazón de Jesús

El sagrado Corazón de Jesús es el santuario vivo de la santísima Trinidad, que en él vive y reina en toda su plenitud: prueba verdaderamente divina de su inefable excelencia.

El Padre eterno reside en este Corazón admirable, como en el corazón de su amadísimo Hijo, en quien tiene todas sus complacencias.

El Padre engendra eternamente á su Hijo; le co-

munica eternamente su vida eterna; así, pues, vive y reina con él en el tiempo, en su santa humanidad, con esta misma vida enteramente divina que le da en la eternidad. El Corazón de Jesús es, en efecto, como consecuencia de la unión hipostática, el Corazón mismo del Hijo eterno del Padre. ¡Qué infinita grandeza! ¡Cuánto debe amar el Padre celestial al divino Corazón de Jesús!

Oh buen Jesús, grabad Vos mismo la imagen de vuestro dulcísimo y humildísimo Corazón en nuestros pobres corazones. Haced que estos tampoco vivan sino vida de amor hacia vuestro padre celestial, que por Vos y en Vos se ha hecho nuestro verdadero Padre.

El Verbo eterno vive y reina en este Corazón real, que le está unido con la unión más íntima que puede concebirse, es decir, con la unión hipostática. En virtud de esta unión, este Corazón, Corazón de carne, Corazón creado, es el verdadero Corazón del Verbo eterno, y es digno de la misma adoración que se debe al Verbo, que se debe á Dios.

¡Qué reinado el del Hijo de Dios en su sagrado Corazón! En el hombre el corazón es el principio de la vida, el asiento del amor, del odio, de la alegría, de la tristeza, de la cólera, del temor y de todas las demás pasiones del alma. En el Corazón de Jesucristo estas pasiones no tenían ciertamente el carácter desordenado que tienen en nosotros, pues estaban siempre y absolutamente sumisas á su san-



tísima voluntad; pero existían plenamente en él, y estaban maravillosamente sujetas á la divina voluntad del Verbo eterno. ¡Cuán hermoso reino!

¡Oh Jesús! ¿No sois Vos con pleno derecho Rey de mi corazón? Vivid en él, y reinad así sobre mis pasiones. ¡Ay! no están ellas en mí, como en Vos, sujetas á vuestra santa voluntad. Unidlas á las vuestras perfectísimas, y no permitais que sigan jamás otra conducta que la vuestra, ni obren por otro fin que por vuestra gloria.

La tercera Persona de la augusta Trinidad, el Espíritu Santo, inseparable del Hijo y del Padre, vive y reina igualmente en el Corazón de Jesús de un modo inefable. Este Espíritu de amor concentra en él los tesoros infinitos de la ciencia y sabiduría de Dios; le llena en sumo grado de todos sus dones, según estas divinas palabras de la Escritura: «Y reposará en él el Espíritu del Señor; Espíritu de sabiduría y de entendimiento, Espíritu de consejo y de fortaleza, Espíritu de ciencia y de piedad, y le llenará del Espíritu de temor del Señor.»<sup>1</sup> El Espíritu Santo fecundiza el Corazón de Jesús y le hace producir, como á una tierra divina, los frutos tan deliciosos y suaves que nos enumera el apóstol san Pablo: «Los frutos del Espíritu Santo son: caridad, gozo, paz, pa-

<sup>1</sup> Et requiescet super eum Spiritus Domini: Spiritus sapientiæ et intellectus, Spiritus consilii et fortitudinis, Spiritus scientiæ et pietatis, et replebit eum Spiritus timoris Domini. «(Isai. XI, 2.)»

ciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad.»<sup>1</sup>

Inseparables unas de otras, y no siendo más que un solo Dios, las tres divinas Personas viven, pues, y reinan juntas en el Corazón del Salvador como en el trono más sublime de su amor, el primer cielo de su gloria, el Paraíso de sus más gratas delicias. En él derraman, por decirlo así, á porfía, con sobreabundancia, y profusión inenarrables, luces incomprendibles, inmensos océanos de gracias, torrentes de fuego y llamas infinitamente abrasadoras, y todas las efusiones de su eterno amor.

¡Oh santísima Trinidad, Dios mío! alabanzas infinitas os sean dadas siempre por todos los milagros de amor que obráis en el Corazón de mi amado Jesús. Os ofrezco el mío con el de todos mis hermanos, suplicándoos humildemente que entreis en completa posesión de ellos, que destruyais en ellos todo lo que os desagrade, y que establezcáis en ellos soberanamente el reino de vuestro divino amor.

¡Oh santísima Trinidad, vida eterna de los corazones! reinad en mi corazón por siempre jamás.

<sup>1</sup> Fructus autem Spiritus est: charitas, gaudium, pax, patientia, benignitas, bonitas, longanimitas, mansuetudo, fides, modestia, continentia, castitas. «(Galat. V; 22.)»



## XIII

Que el Corazón de Jesús es Templo, Altar é Incensario  
del divino amor

El amor increado y eterno, es decir, el Espíritu Santo, es quien se ha edificado este magnífico *Templo*, formándole de la sangre virginal de la Madre de amor.

Este Templo vivo ha sido consagrado y santificado por «el Pontífice santo, inocente, inmaculado, sublimado sobre los cielos; por el gran Pontífice que ha penetrado en los cielos, por Jesucristo Hijo de Dios.»<sup>1</sup> Ha sido consagrado por la unción de la divinidad. Está dedicado al Amor eterno. Es infinitamente más santo, más digno y más venerable que todos los templos, materiales y espirituales, que ha habido y habrá en el cielo y en la tierra.

En este Corazón, en este Templo augusto Dios recibe adoraciones, alabanzas y glorias dignas de su infinita grandeza. En este templo el soberano Predicador, que es el Verbo, es decir la palabra de Dios en persona, nos predica continuamente. En este Templo celestial y más santo que los cielos el Sacer-

<sup>1</sup> Pontifex sanctus, innocens, impollutus, . . . . , et excelsior caelis factus.—Habent ergo pontificem magnum, qui penetravit caelos, Jesum Filium Dei. («Heb.» VII, 26 IV, 14.)

dote eterno ofrece á la majestad divina, en nombre de toda la creación, el sacrificio de adoración eterna, de eternas acciones de gracias, de amor eterno.

Este es el santuario, el centro de la santidad, que no conoce la profanación; y está adornado de todas las virtudes evangélicas y de todas las perfecciones de la divina esencia, como de otras tantas ricas esculturas y pinturas vivas. ¡Oh santa humanidad de Jesús! ¡Oh Corazón deífico, centro glorioso de esta humanidad tres veces santa!

¡Bendito seáis, Dios mío, por haberos edificado á Vos mismo este maravilloso Templo y haberos dignado franquearme su entrada! Me atrevo á unirme á vuestro Jesús y mi Jesús para tributaros en el Templo de su Corazón las adoraciones, acciones de gracias y todos los demás homenajes debidos á vuestra soberana majestad.

Mas el Corazón de Jesús es, no solamente el Templo, sino también el *Altar* del divino amor. Sobre este Altar de oro puro arde día y noche el fuego sagrado de este mismo amor. Sobre este mismo Altar el Sumo Sacerdote Jesús ofrece continuamente toda suerte de sacrificios á la Santísima Trinidad. En primer lugar se ofrece y sacrifica á sí mismo como víctima de amor, como la más santa y preciosa víctima que hubo ni puede haber jamás. Sacrifica enteramente su alma y su cuerpo, su sangre y su vida, con todos sus pensamientos, palabras, acciones y todo lo que ha sufrido en la tierra. Y este sacrificio lo



ofrece perpétuamente sobre el Altar vivo de su Corazón, y lo ofrece con amor inmenso, infinito.

En segundo lugar, ofrece en sacrificio de adoración y de alabanzas todo lo que su Padre le ha dado, es decir, el cielo y la tierra, los Ángeles, los hombres, las criaturas todas, animadas é inanimadas; ofrécelas á la Majestad divina como otras tantas víctimas destinadas á dar gloria á Dios.

Ofrece también y sacrifica á la santidad de Dios las criaturas rebeldes que por el pecado huyen del amor: los malos cristianos, los impíos, los herejes, los réprobos, hasta los demonios. Sacrifica con la espada de la divina justicia á todos aquellos que se sustraen á la dulce y libre inmolación del amor. Nadie le escapa; elegidos, ni condenados; Ángeles, ni demonios; ni la tierra, ni el cielo, ni el infierno.

Así es como Jesucristo, Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec, se ofrece á sí mismo y ofrece todas las cosas con alegría enteramente divina<sup>1</sup> á la gloria de su Padre, sobre el Altar de su sagrado Corazón, el más amable y á la vez el más formidable de todos los altares.

¡Oh Jesús! ¡Jesús, amor mío! ¡Jesús, misericordia mía y mi dulce Dueño! ponedme, sin mirar mi indignidad, en el número de las víctimas de vuestro amor. Consumidme todo, como holocausto de este amor, en

<sup>1</sup> *Lætus obtuli universa.* ("I Paralip.," XXIX, 17.)

el fuego divino que arde incesantemente sobre el Altar sagrado de vuestro Corazón.

Por último, el sagrado Corazón de Jesús es también el *Incensario* del divino amor; este Incensario de oro de que habla el Apocalipsis (cap. VIII), y que San Agustín explica del adorable Corazón de Jesús: «Vino un Angel á colocarse delante del altar, teniendo en su mano un incensario de oro; y le llenó de incienso, para ofrecer las oraciones de todos los Santos sobre el altar de oro que está delante del trono de Dios.»<sup>1</sup> Todas estas palabras están llenas de Jesús: ese Angel que ofrece á la majestad de Dios el incienso de las oraciones de los Santos en su incensario, es Jesús, el Angel de la nueva y eterna Alianza, que ofrece á su Padre las oraciones de todos sus siervos, uniéndolas á su divina oración. El incensario de oro puro es también Jesús, es el Corazón de Jesús: las áscuas ensendidas del amor llenan este Corazón sagrado, y quemando el incienso de la oración de los Santos, la hacen subir, como vapor embalsamado, hasta el trono del Señor. Ese altar de oro es Jesús, siempre Jesús. Finalmente, el trono de Dios es también Nuestro Señor, cuya santa humanidad es el verdadero trono donde reside la majestad de Dios.

<sup>1</sup> *Angelus stetit ante altare, habens thuribulum aureum: et data sunt illi incensa multa, ut daret de orationibus Sanctorum omnium super altare aureum, quod est ante thronum Dei.* («Apoc.» v, 3.)



En el incensario del Corazón Santísimo de Jesucristo son depositadas, para ser ofrecidas á Dios, para ser santificadas y deificadas, todas las adoraciones, alabanzas, súplicas, oraciones, afectos y aspiraciones de todos los Santos y Ángeles. Procuremos corresponder fielmente á este designio de la Providencia, poniendo en nuestro celestial Incensario todas nuestras oraciones, nuestros deseos, nuestras devociones, y todos los piadosos afectos de nuestro corazón. Coloquemos en él también nuestro corazón con todo lo que hacemos y todo lo que somos, suplicando al Rey de los corazones que purifique y santifique todas estas cosas, para ofrecerlas en seguida á su Padre como incienso purísimo, en olor de suavidad.<sup>1</sup>

Sí, el Corazón de nuestro Salvador es el Templo, el Altar y el Incensario, al mismo tiempo que el Sacerdote y la Víctima, del divino amor. ¡Y todo esto por nosotros! ¡por nosotros, pobres y miserables, ejerce estas divinas funciones!

¡Oh amor! ¡oh exceso de amor! ¡Oh Salvador mío! ¡cuán admirables son vuestras bondades para conmigo! ¡Oh qué veneración y qué alabanzas debo tributar á vuestro sagrado Corazón!

¡Oh dulcísimo Corazón de mi Jesús! Haced que

<sup>1</sup> Offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis. («Eccli.» XLV.)

sea yo todo corazón y todo amor por Vos, y que todos los corazones del cielo y de la tierra sean inmolados en alabanza y gloria vuestra!

#### XIV

Cómo el Corazón de Jesús es el principio de la vida del Hombre-Dios, de la vida de la Madre de Dios, y de la vida de los hijos de Dios.

Hay otra razón para admirar y adorar profundamente al Corazón de Jesús: tal es la de que Él mismo es el principio de su vida, y por consiguiente el principio de la vida de su Madre y de todos los fieles.

Jesús es la vida. Él mismo lo dijo: «Yo soy la Vida: *Ego sum Vita.*»<sup>1</sup> Su Corazón, que es la parte más excelente de Él mismo, es por consiguiente lo más excelente, lo más vivo que hay en Aquél que es la Vida. Este Corazón divino puede ser considerado con relación al cuerpo de Jesús y con relación á su alma; siendo para uno y otra como el principio de la vida.

Es considerado como principio de la vida del cuerpo de Nuestro Señor, porque de él, como de una fuente vivificante, se derrama por todos los miembros la sangre divina que es absolutamente neces-

<sup>1</sup> Joan. XI, XIV.